

Dies a quo

No tiene nombre, no tiene familia ni país, no es un exiliado ni está en guerra, no es nadie... simplemente porque el mundo ya no existe tal y como lo conocíamos.

Corre por donde debería haber un frondoso bosque verde y no escucha el canto de los pájaros, otea el horizonte y no ve más allá de sus párpados, pero los ojos le lloran a causa del humo. El hedor no es agradable.

Busca desesperado un resquicio de vida natural, mas las pocas plantas que ve a su alrededor hace tiempo que murieron; sin oxígeno limpio se consumieron a sí mismas, pelearon entre familias por los últimos rayos de luz y por las últimas gotas de agua hasta desfallecer y no sirvió de nada.

Lleva tres días buscando algo que lo cambie todo, como el héroe que consigue salvar al reino en el último minuto de la película, como el jugador que encesta el tanto ganador en el último segundo del partido, y tropieza con lo que parece ser una flor mustia; al instante recuerda un cuento de su infancia en el que lo esencial era invisible a los ojos, y habla con la pequeña flor, le cuenta sus aventuras y desventuras, le explica problemas de su vida insustancial, le pide consejo pero ésta no parece escucharle; él, enfadado por el desplante la abandona entre mascullos incomprensibles.

En el más intenso de los silencios muere la última planta por falta de agua.

No se ha percatado de nada y sigue caminando cada vez más exhausto y desesperanzado, hambriento, dolorido, con dificultades para respirar y con heridas en sus pies maltrechos; mas por alguna extraña razón no se da por vencido; aunque el humo sea tan denso que no permita la entrada de la luz solar, aunque tropiece a cada paso con naturalezas muertas y sepa que no encontrará nada de verdadero valor, avanza un paso más.

Ya no hay agua y el oxígeno se acaba, siente cómo sus riñones se encogen y exprimen en un loco intento de no sucumbir; su piel, antes lozana y suave, está ahora cetrina, escamosa y reseca como verde papel de lija; sus uñas están quebradizas y le sangran cada vez que cae en la polvorienta oscuridad y las apoya para levantarse una vez más.

Presiente un doloroso final porque la debilidad se extiende por cada poro de su cuerpo y los oídos se ensordecen, el cuerpo se le entumece y su cerebro comienza a fallar, está aturdido y se balancea como un borracho; por primera vez conoce los delirios y desperdicia el resto de su energía en un grito desgarrador.

Cuando sus labios se cierran en un definitivo suspiro, esperando el fiel y eterno beso de la muerte, nota una presencia líquida; primero una gota solitaria, luego otra y otra más, hasta que se desencadena una verdadera tormenta...no se puede creer su suerte, da gracias a todos los dioses de todas las religiones que conoce, salta, canta y ríe con energía inusitada... pronto siente quemazón.

No es vida lo que cae del cielo, es un ácido amarillo que deshace todo lo que toca, y duele, por dentro y por fuera; la esperanza que guardaba en lo más recóndito de su ser se desvanece repentinamente y la desesperación inicial da paso a la aceptación del final.

No es agua, tampoco ácido, es cálido sudor que se desliza por su tembloroso cuerpo.

Se levanta asustado y agitando las sábanas entre sus apretados puños; no comprende lo que ha ocurrido...era tan real... por supuesto no se lo puede contar a nadie, no le creerían, le tomarían por un loco hippie de esos ecologistas que están tan de moda.

A causa del sueño, comprueba que todo sigue como debería: sube la persiana sólo un centímetro, para que la luz no le ciegue, y el sol aun brilla en el firmamento, bebe agua del vaso que siempre está lleno en su mesita y saborea su ausencia de sabor, respira hondo y sus pulmones se hinchan en una danza sin coreografía.

Enciende el interruptor y aunque se regocija del calor de la calefacción, abre las ventanas para refrescar el sudor; va al baño, donde tras poner música relajante para sus frágiles nervios, deja correr el agua de la bañera hasta que se encuentra a la temperatura deseada, después de lo cual, pone el tapón y baja al salón, donde su fiel servicio ha encendido la chimenea con leña fresca y aroma a eucalipto, saluda a la cabeza de ciervo que descansa sobre el fuego y admira la belleza de las flores recién cortadas que se encuentran sobre la mesa, junto a una amplia selección de prensa matutina, zumos frutales, café recién molido y apetitosos bollos.

Bebe un sorbo de café y cuando va a morder el segundo bollo suena un insistente pitido; descuelga el móvil y sube de vuelta al baño, entretenido en su amena conversación y dejando sobre la mesa su desayuno, que alguien recogerá inmediatamente.

Mientras cierra el grifo y descuelga su impecable albornoz, comenta con su socio el plan solidario que van a desarrollar en su exitosa empresa, con el fin de simpatizar con las minorías, que consiste en donar unos cuantos cientos de euros a una organización en África y a otra dedicada al medio ambiente.

Después de un espumoso baño, quita el tapón y observa cómo el agua corre por el desagüe mientras se seca con el albornoz que más tarde meterá en la lavadora.

Tira todos los periódicos a la papelera de reciclaje, aunque salva uno que servirá para no manchar la tapicería de cuero del todoterreno de muchos caballos que todos los días le acerca al trabajo (a dos manzanas de su casa de dos plantas), cuando deje sobre los asientos la maqueta del proyecto de cada día.

Sólo han pasado dos horas de su día a día, y sólo es un hombre de los 6.600.000.000 que convivimos; quizá sólo fue un sueño o una historia de ficción, pero cada vez nos queda menos tiempo para comprobarlo.

Fdo.: Elena Jaldón Díaz